

reflexivo, sino hasta un *conspirador: un agente de fines personales más ó menos distantes.*

Entre los ejemplos de esto en la vida del niño, puedo notar el hecho de que el niño llega á ver pronto el uso social que puede hacer de esta vuelta de las cosas. Su egoísmo le impulsa, por un lado, á *hacer al alter víctima*, y en esto encontramos otro de los casos interesantísimo de las mentiras infantiles.

173. Ello ocurre del siguiente modo: la idea que tiene el niño del *alter* es referida al *alter* actual; y así, con una gran cantidad de detalles accesorios, el niño se separa de lo demás. Atribuye al *alter*—v. gr., á su padre—una serie de acciones dirigidas á fines semejantes á los suyos; y en prueba de ello aduce el hecho de que siempre que él obra en cierta dirección su padre responde obrando en una dirección que corresponde á lo que el niño esperaba. De este modo se establece entre los dos una común inteligencia. El niño observa que no sólo puede recibir de los demás sugerencias adecuadas á las condiciones del medio, sino también que *el alter depende, á su vez, de las sugerencias que él le proporciona*. Ve que los influjos sugestivos son recíprocos. De este modo se presenta un medio de incluir las acciones del padre en la serie de sucesos que contribuyen á su propio ulterior pensamiento.

Por ejemplo, uno de los primeros casos que he observado es este: los llantos del niño obligan á la madre á darle de comer; el llanto es la sugestión á la cual es seguro que la madre responderá con la acción. Así encontramos muy pronto al niño usando el llanto para obtener el alimento ú otros favores de su madre, aun cuando no le sean necesarios. Se le presentan recuerdos agradables, aunque sólo sean los de la presencia de su madre. Con ellos surge la idea de ciertos actos de su madre, que son los que producen el placer; entonces recuerda que su llanto es la sugestión adecuada para poner á su madre en movimiento: hace uso de los medios y consigue el fin. El llanto es el medio para un fin que está le-

jano; y lo interesante, desde nuestro actual punto de vista, es que el primer eslabón de la cadena que el niño usa, es el eslabón social; realmente implica *el uso de la inteligencia para dirigir y emplear, en provecho de sus fines particulares, el influjo social que podemos llamar sugestión personal.*

Aquí tenemos probablemente el primer uso de la relación social por la inteligencia del individuo; y en ella está contenido *todo el poder consciente y la función del pensamiento en el manejo de la sociedad*. Esto quiere decir, que al pensar su yo el niño agente piensa una relación social, y que entonces usa los demás elementos de la situación para realizar los fines del yo; esta es la función social del pensamiento siempre que se la considera *como instrumento en manos del que piensa para servirse de la sociedad, en oposición al uso que hace la sociedad del pensador y de sus pensamientos* (1). Tendremos que volver á esto último en este mismo capítulo; ahora señalemos algo más el uso que hace el niño de sus recursos sociales.

174. Naturalmente, no constituye una mentira moral el que el niño pida llorando lo que no necesita, y que llorando lo consiga. No es moral, porque como casi todos los procesos que llegan á ser reflexivos, es pura materia de asociación y de adaptación activa á una serie asociada de pensamientos. No importa nada al niño que sea otra persona aquella á quien sus llantos se dirigen. Es un mero accidente el que la serie total contenga la idea del *alter* juntamente con otros términos impersonales. Otras series de pensamientos existen también que contienen sólo la idea de su propio *ego* y las de ciertos objetos exteriores, y sobre ellas obra exactamente del mismo modo; como, por ejemplo, cuando la idea de una satisfacción despierta su sentido de los movimientos necesarios para alcanzarla y va á través de una serie de medios hasta

(1) La otra cuestión, esto es, la de la función del producto intelectual de los individuos que aportan á la sociedad el material de la adopción y la absorción, se tratará en el cap. XI, «Las Fuerzas Sociales».

aquel fin. Los dos casos son para él exactamente el mismo; y puede usarlos con igual éxito, siempre que encuentre que los movimientos de la madre siguen á su acción, de igual modo que sus propios movimientos seguirían, si sólo necesitase su propia cooperación. Hay, pues, muy temprano, un uso espontáneo de las relaciones sociales por el niño. Esto no implica grado alguno de lo que llamamos sabiduría ó habilidad reflexiva (1).

Sin embargo, no conserva mucho tiempo esta simplicidad. El niño sale pronto de las series asociadas producidas por las necesidades naturales y que solo se refieren á éstas y á sus satisfacciones. Y el primer paso que da en el camino de la mentira reflexiva es, generalmente, á mi juicio, de sentido negativo; usa las relaciones sociales para apartar de sí los dolores y las penalidades. Esto, por otra parte, es una cosa bien pequeña en su desarrollo mental, y sucede del siguiente modo:

Las series que producen consecuencias desastrosas, lo mismo cuando él es el único que entra en ellas, que cuando la personalidad del *alter* es uno de los medios para el resultado, quedan muy señaladas y muy fijas en su conciencia. Cualquiera cosa que, en la misma serie, viene después á modificar el resultado ó á producir otras consecuencias menos desastrosas es, á su vez, una mera materia de aprendizaje por asociación, y de un aprendizaje exactamente del mismo género que el que caracterizaba el principio de la serie. Entonces el niño adopta uno de estos dos métodos de suplir la serie funesta. Uno de los métodos consiste en interpolar un término que impida en absoluto la acción que desea eludir; el otro es el empleo de medios ulteriores que continúen la serie haciéndola neutral. El primer caso se ve claramente en las

(1) Tal parece ser el caso de un perro que pertenecía á un tío de mi mujer; el perro estaba echado en una silla de la sala que le estaba prohibida, y al oír que su dueño bajaba las escaleras, saltó rápidamente debajo de una mesa que tenía próxima y estuvo quieto, haciendo que dormía.

represiones de su propia actividad, ó de las expresiones normales de sí mismo, que le delatarían al padre ó á la madre. Así puede huir al castigo, evitar una dosis de medicina amarga, ó cosa así. El otro caso se ve cuando engaña realmente con la palabra ó la acción á los demás, sabiendo que éstos desconocen los hechos verdaderos. Son frecuentes los ejemplos (1). Suponen algunas inventivas y algún crecimiento social. El siguiente caso servirá para demostrarlo.

Mis dos hijas H. (de cinco años) y E. (de tres) estaban jugando en mi despacho solas. Oí á E. llorar de dolor y llegué á la puerta á tiempo de ver á H. batiendo palmas y burlándose de E. (con la que, según supe después, había tropezado ligeramente al querer quitarle un juguete). En cuanto H. oyó mis pasos, su cara y sus maneras cambiaron con maravillosa rapidez de la alegría á la tristeza y la simpatía. Dejó caer la muñeca, y antes de que yo llegara al lugar del suceso su actitud era de profunda simpatía, conmiseración y dolor. Después, no satisfecha con esto, dió una vuelta rápida y fingió estar ocupada en otro lugar de la habitación.

En este caso, para no insistir en una cosa tan clara, H. no sólo dominó su alegría, sino que fingió pena y adoptó otros medios para eludir la penalidad que esperaba de mí.

Es evidente que este sistema de operaciones produce varios conflictos directos entre los impulsos egoístas y los altruistas. Tan claro es esto, que el método pedagógico de corrección, propio para estos casos, sería el de robustecer los últimos en contra de los primeros de esos impulsos. Pero aparte de esto, el conflicto es en sí mismo fructífero para los que tratamos de trazar el desarrollo del niño. En cuanto la idea del *alter* está contenida en las relaciones que el niño aprende á manejar, debe haber impulsos emocionales generales, mayores ó menores, en su uso de las relaciones sociales para fines personales. Y estos impulsos, á su vez, se ha-

(1) Sully los cita de las diversas excusas que inventan los niños para eludir el cumplimiento de una orden (*loc. cit.*, página 270 y siguientes).

cen lo bastante fuertes para conducirlo en ocasiones—y en algunos niños estas ocasiones son muy frecuentes, como ya se ha dicho á propósito del egoísmo—á usar los mismos medios para realizar fines sinceros y generosos. El niño que imita encontrará nuevos medios de ser dócil y bueno, y sorprenderá á sus padres con una tendencia precoz á hacerse justicia y á confesar directamente aún ante la amenaza de la penalidad y el temor al dolor (1). Todo esto debe atribuirse al desarrollo de la idea del *alter* y de su valor emocional, expresados en la acción.

175. Por ambos lados, pues—por sus actos egoístas y por los altruístas,—se hace cada vez más dueño de sí mismo, y hace excursiones más atrevidas por el campo del trato social. El uso de las relaciones sociales que he descrito como negativo tiende á capacitar el niño para escapar á los hechos y á las realidades funestas; el mismo uso hace de las relaciones sociales para conseguir resultados positivos.

Introduce términos nuevos en la serie para suscitar en sus semejantes estados de espíritu que serán fecundos en bienes para él; y esto lo hace de dos maneras: 1) por la supresión de hechos reales de su conocimiento—el modo negativo del engaño; y 2) produciendo sugerencias positivas, engañosas en su opinión. Todo esto se deriva tan naturalmente de su modo de evolución en el uso de las relaciones sociales, que no necesito insistir en detalles antes de exponer el hecho siguiente, que es su demostración más completa, á saber, *el principio del uso del lenguaje para fines conscientemente sociales*.

176. En el lenguaje, como hemos visto, el niño encuentra desde muy temprano un sistema de redes de pensamiento que están en uso á su alrededor. Encuentra, entre los primeros usos del lenguaje, el medio por el cual los demás se comunican los pensamientos unos á otros; ve como una

(1) Como cuando un niño pide que se le castigue por una falta que tiene la seguridad de que nadie ha presenciado.

emoción, una acción, cualquier expresión social pasan de una persona á otra con el cambio de una palabra. Así no es de extrañar que sus primeros pasos en el empleo de la sugestión social para ciertos fines más ó menos remotos se realicen con la palabra. Tiene más que un impulso imitativo para progresar en el lenguaje. No carece de ese impulso; pero al lado de él tiene, según toda verosimilitud, una tendencia hereditaria en la misma dirección. Y tan pronto como su sentido del uso posible de los medios sociales para fines personales adquiere alguna perfección con el empleo de la expresión facial, de las actitudes del cuerpo, etc., encuentra en sus manos (ó más bien en su lengua) el instrumento más poderoso para esos fines: las formas del lenguaje.

Aquí es, creo yo, donde se reúnen en un gran conjunto, perfeccionado además por la acción, todos los progresos que el niño ha estado haciendo en su desarrollo individual, como ser que posee la idea del *ego* y del *alter*, las tendencias á las series de actos que estas ideas personales estimulan, y todos los tanteos en busca de la posesión de sí mismo en las relaciones de su vida social. Cuando el niño habla y otros le entienden, es porque sus palabras significan algo; luego usa símbolos; luego sus tentativas para adquirir influjos sociales y combinarlos en forma de utilidades personales, se hacen adecuadas á los fines de la reflexión propiamente dicha. Creo que cuando el niño dice una mentira de carácter reflexivo para engañar á otro—es decir, con un motivo social, no meramente por error, por mala inteligencia ó por asociación con creta—entonces no hay duda de que, aun cuando haya sido vencido en las primeras luchas, ocupa el lugar de *un factor social según el grado en que ofrezca todas las actividades inteligentemente sociales*.

Esto evoluciona por medio de la palabra, con su simbolismo verbal; ya antes se habló del campo general del lenguaje, y se le consideró como un auxiliar de la invención (1).

(1) Cap. IV, § 1.

Aquí encontramos que la invención á que sirve de auxiliar es también social. El niño se hace pensador con un pensamiento social; y todas sus adquisiciones posteriores, desde la disposición de un combate con bolas de nieve, hasta la conquista de la Presidencia del Parlamento, no son más que detalles (1). Demuestra cuál es la función de la inteligencia privada en la evolución social; á saber, *la de pensar las ideas definidas, comunicables, é imitables que dan la materia de la organización social* (2).

177. El modo de la evolución, por el lado intelectual, nos ha hecho ver precisamente qué relación existe entre las dos clases de fines que llamamos egoísta y altruista. Y es interesante recordar la relación entre los impulsos de la afirmación de sí mismo y la generosidad en el primer período, para hacer una exposición más completa de estas tendencias opuestas. Vimos que los estados emocionales que se manifiestan en actos agresivos de naturaleza instintiva son el resultado intrínseco de la naturaleza del niño como ser de adaptación hereditaria; y lo mismo ocurre con los impulsos de simpatía y las emociones. Estas últimas representan la experiencia de los antepasados que suponía cooperación y vida en común, como en un círculo familiar. Hemos visto que ambos eran igualmente primitivos; y ambos, en cuanto no suponen razonamiento ó determinación del yo de ninguna clase, son igualmente razonables en el niño; porque en ambos casos el concepto de lo razonable no tiene aplicación alguna.

(1) Los siguientes ejemplos se me ofrecieron en una conversación de cinco minutos con H., cuando ésta tenía cuatro años justos. «No le des las pinturas al nene, porque las destrozaría—seguramente lo haría, mamá». ¡«Mamá, el nene tiene el libro rojo que papá dijo que no cogiera! ¿se lo quito?» «Voy á la mesa contigo, mamá; pero lo va á oír el nene y va á querer ir: no hablemos ahora de ello, mamá». Estos ejemplos sirven también para ilustrar el uso inteligente de las relaciones sociales para fines privados, señalado en la Sección 173.

(2) Esto se estudia con más detenimiento en el Cap. XII, «Materia y Procesos sociales».

Encontramos ahora un estado de cosas semejante en este grado superior ó *social* del uso de la inteligencia. Los actos del niño se han hecho razonables en cuanto son producto de un proceso de adaptación personal consciente á los fines sociales; y por consiguiente, ahora es legítima la pregunta de cuáles de sus actos son razonables. Pero la respuesta que encontramos como resultado de la evolución del niño, obliga á decir que ninguna de las dos clases de acción es razonable con exclusión de la otra. Porque la idea que el niño piensa conduce al tipo de acción adecuado á la realización del fin que esta idea representa; y esto es exacto lo mismo para la idea del yo-ego, con el acompañamiento de actos egoístas que provoca, que para la idea del yo-alter, con sus correspondientes actos altruistas. En un caso, el egoísmo es razonable en el niño; en el otro, lo es la generosidad. Sería irracional—en cualquier acepción psicológica adecuada de esta palabra—que el niño fuese egoísta cuando su idea del yo-ego no es el factor dominante en el estado emocional é impulsivo que le conduce á la acción; y sería igualmente irracional el que no fuese egoísta, cuando domina ese factor. Sus acciones se conforman al patrón del pensamiento actual.

Pero aun en este grado, antes de pasar á la evolución de los estados de espíritu éticos é «ideales», debemos notar la gran complejidad de los procesos que supone. Cada idea dominante es una cosa compleja, un compromiso, una convención. Porque la idea del ego es, como vimos claramente, fundamentalmente, la misma en contenido que la idea del alter; las diferencias son más externas y extrínsecas que las semejanzas. Tomemos en nuestras vidas los puntos en que lo humano aparece más prominente, aquellos en que nuestro «*esprit de corps*» se despierta,—como vemos que se despierta á veces en la conciencia del niño: la noción del yo se levanta en toda su sublimidad genérica, y las diferencias de calidad personal, de habitación, de conformación física, desaparecen. Así el estado del espíritu, en cada acto ejecutado para el yo ó para otro, es realmente cuestión de intensidad más bien

que de variación esencial en proceso intelectual. El acto egoísta puede evitarse por una sugestión generosa. Una contestación dulce inclina la balanza del lado del factor altruista, y obliga al motivo de cólera á tomar la retirada. Alguna simple condición física basta á veces para inclinar la balanza de un lado ó de otro en esta delicada combinación de tendencias. O la presencia de una persona puede, sólo por la intensidad que le da la realidad, derivar una intención malévola, que la simple memoria de la supuesta víctima no bastaba á destruir. ¡Cuántos crímenes se preparan entre las imágenes de la fantasía que jamás se ejecutan en el hecho real; y ¡ay! cuántas virtuosas acciones también!

La antítesis real entre la razón y la sinrazón, pues, ahora como antes, no corta la conciencia por la línea entre lo egoísta y lo generoso, aunque en la vida las consideraciones prácticas son de tanta importancia á veces, que suponemos esa división. Una y otra pueden ser razonables en ocasiones, como hemos visto. La línea real está entre la intención, la reflexión y la falta de ella. En cada caso tenemos una cuestión de acción; ¿había un equilibrio suficiente de tendencias, suficiente dominio de sí mismo, suficiente unidad de movimiento, para dar una prueba «razonable» de inteligencia? O por el contrario, ¿la acción estaba tan dominada por la sugestión, tan precipitada por la multitud, por la rápida reacción de una tempestad emocional, por el asedio de un deseo paralizante, que no aparecía ningún fin claro y decididamente adoptado? Esta es la verdadera distinción entre lo razonable y lo que no lo es.

178. Después encontramos, también, cuando recordamos la función social de la inteligencia—los usos que la inteligencia hace de las sugestiones sociales y de las informaciones que encuentra en su camino,—que estas sugestiones pueden convertirse en provecho de cualquiera de los dos géneros de acción razonable. Así como á veces es razonable ó inteligente que el niño obre para sí mismo, de un modo egoísta, y después, en otra ocasión, es igualmente razonable que obre para

otro, de un modo generoso; así también el uno ó el otro de estos dos géneros de acción inteligente, puede hacer uso de los factores sociales como medios para sus fines. El niño puede excitar á su padre con el fin consciente de conducirle á un juego que le es grato á él, al niño; ó puede hacerlo para que el padre vea y vista á un niño pobre cuyas manos están azules de frío. La última, además, es una acción tan razonable por parte del niño como la primera. Y cuando estos dos factores entran en conflicto, cuando, por ejemplo, el niño desea quitarse los guantes que pueden calentar las manos del mendigo, en tanto que sus manos se hielan de frío, también es razonable esto; demuestra el predominio de la idea del *alter* y la función activa que este predominio produce; hacer lo contrario sería también razonable en ocasiones, puesto que supondría el predominio de la idea del *ego*. Si el padre piensa que no es razonable que el niño dé sus guantes al mendigo, es porque el padre no piensa con el pensamiento del niño; el único medio que tendría de hacer el acto no razonable á los ojos del niño, sería producir en el niño el predominio de una distinta idea del yo, sea dándole las bases para esa idea, tales como están en su espíritu, sea por la fuerza de la sugestión directa sobre el niño, como por la orden, el ejemplo, etcétera.

179. Si estas cosas son razonables, la función de la razón es ejecutar estas cosas. Y ahora podemos formular una conclusión general acerca del lugar de la inteligencia en el desenvolvimiento social. Los complejos de conocimiento que el individuo construye son lo que, en anteriores capítulos, llamábamos «invenciones»: la reunión de los elementos de representación hasta obtener nuevas interpretaciones sobre la base de ellos. Pero la diferencia entre las invenciones que suponen sólo ó principalmente fuerzas y hechos naturales y las que suponen fuerzas sociales, está bastante claramente marcada. No existe invención sin alguna relación social; hemos visto que las relaciones sociales las establece el inventor mismo en cada caso. Pero cuando trata con el mundo objetivo, sus materia-

les, el molde real de los elementos de conocimiento en su pensamiento, son socialmente neutrales en sí mismos. Pero no ocurre lo mismo con la serie de invenciones que hemos estado definiendo en este capítulo. El niño usa á cada paso la noción del yo. Piensa con materiales subjetivos; y sus conocimientos son, en cada caso, del modo como él cree que las personas piensan y obran. Así vemos que ahora maneja el *material social*—*las sugerencias, las acciones, las palabras, etc.*,—*como tales*. La función de la inteligencia en la vida social es, por consiguiente, esta: *usa los materiales sociales y los interpreta*. Cada individuo de la sociedad tiene en sí mismo una pintura más ó menos adecuada del juego social que se desarrolla á su alrededor, y obra según este juego. Conformamos sus propias acciones á su creencia de que los demás las entenderán, y dirige sus acciones con la idea de entender á los demás.

*La función, pues, de la inteligencia en su actividad social, es la invención con materiales sociales*. Esto le da una doble importancia, cuyos dos aspectos ya conocemos: 1) es un medio para el desarrollo del individuo y un instrumento para su uso. (Seccs. 173 y 179.) Y 2) crea las ideas que circulan en la sociedad y se incorporan á sus instituciones. (Sección 176.) En esta última función ya entra la cooperación propiamente dicha. Es la cooperación social que se hace consciente de sí misma. Representa, pues, cuando se consideran en total sus efectos sobre el cuerpo social, una máquina de potencia extraordinaria y crítica. No tenemos más que observar la mutualidad del ejercicio de la inteligencia en una comunidad, para ver la complicación que su uso puede introducir en la historia del progreso social. Se nos permitirá que tratemos este asunto con algún mayor detenimiento.

180. El concepto de mutualidad ó de reciprocidad tiene acepciones de gran alcance. Ha pesado sobre nosotros en todos los momentos de nuestra investigación. Los instintos familiares son recíprocos, y su efectividad está en razón directa de este elemento. Cada instinto está conformado de modo

que se adapte al mismo instinto en los demás individuos. Esto es lo que significa la cooperación. Es el elemento esencial de la vida común familiar y gregaria. Además, en las reacciones de tipo emocional que hemos observado,—la modestia, la simpatía, el juego, etc.—el resultado es el que es á causa de su generalidad en la especie y de su mutuo ejercicio por todos los individuos. Hasta la existencia misma de los fenómenos está condicionada por ella. Lo mismo ocurre con todo el equipo social.

La inteligencia, para ser socialmente útil, debe también ser objeto de ejercicio mutuo. Pero esto no es tan evidente; y será bueno volver á nuestra descripción del elemento social en la obra del genio, para señalar una de las fases de la mutualidad. Hemos encontrado que la ley de la herencia social somete al genio á la necesidad de que tenga el género de sanidad de juicio que representa, esencialmente, el juicio social que «corre» en aquel tiempo y lugar. Su dotación intelectual, á menos de ser anulada desde un punto de vista social, no debe mostrar demasiada divergencia del tipo ó nivel que señala el juicio social. Esto introduce un elemento social, un elemento de mutualidad, ó de reciprocidad, en la cualidad misma que llamamos razón ó inteligencia. Las líneas de desarrollo del juicio mismo, por su lado estético y teológico, son líneas de acción común, y en sus mismas preferencias el actor se mueve por los caminos de menor resistencia, tanto social como personal. En una palabra, cada individuo en la sociedad es en cierta medida—y la medida frecuentemente mide su competencia y su influencia—el órgano del movimiento social que conserva la tradición, establece la opinión pública y reobra sobre su sentido de los valores y sobre sus preferencias, incitándole á obrar, pensar, luchar por instituciones, por el país y por un ideal social.

A este elemento más recóndito é íntimo de mutualidad es al que el individuo recibe con la más abierta y práctica reciprocidad de sugestión que encuentra en su medio durante todo el curso de su desarrollo individual. Ya hemos visto la